

LAS COMEDIAS

Por Gabriel GARCIA ESPINA

"El círculo de tiza caucasiano", de Bertol Brecht, en el María Guerrero

Un poderoso aliento poético se hace dueño absoluto del escenario en la narración del cuento oriental. El breve prólogo prepara el ambiente en los términos que le fueron caros a Brecht, para alzar en seguida la cortina delante de la fábula que empieza. Lo sombrío del cuadro inicial, estampa novelada de una circunstancia histórica de estrictas localizaciones, se abre de pronto ante la magia del relato. Se hace allí como una nueva luz que lo transforma todo, que todo lo resplandece y lo levanta en el brazo del viento, que ya no va a cesar. El escenario del María Guerrero pierde su condición material para trocarse en esa alfombra voladora que carga tantas veces con las frágiles ilusiones del hombre y las arrastra y las voltea en el ala del sueño. El canto poético de Brecht en torno al círculo justiciero es música para soñar. No hay manera de aplicar a la obra de Bertol Brecht la medición de cualquiera de esas técnicas dramáticas que definen en cierto modo su teatro, porque entre el que escucha y mira atónito y las gentes que hierven en la fábula, deshumanizadas y corpóreas al mismo tiempo, no hay fosos, ni quebraduras, ni distancias. "El círculo de tiza caucasiano" es una ventosa que sorbe los pensamientos expectantes y los digiere y asimila sin opción a ninguna especie de atrincheramientos subjetivos. El narrador, que en cierto modo paraliza las secuencias para gobernar el relato, entra él mismo a hacerse parte sustancial de la magia, sin que se note por ningún lado el hilo impalpable de la sutura. Nadie es capaz de pensar por sí ni de sentirse ajeno al insólito imperio que le arrebató hasta el tablado para sumirle en el vértigo del juego indecible. Nadie.

El montaje de "El círculo de tiza caucasiano" es de una alada perfección. José Luis Alonso llegó a un punto de dominio en la estrategia teatral del que muy difícilmente logrará despegarse. La armonía de los movimientos, las cadencias, los giros en "cámara lenta", el discurrir de los cuadros con la sumisión total de la escenografía en mutaciones patentes, corridas a ritmo de "ballet", realizan su larga jornada paso a paso, según pasan también las hojas de la historia en el libro abierto del narrador. El maestro Burman pintó los decorados, admirables, y Artiñano, los no menos admirables figurines y las máscaras. Pedro Luis Domingo dirige en su orquestina la música de Paul Dessau, plegada con calientes matices a las voces de los actores que la cantan. Pedro Laín Entralgo, con su alto poderío literario, clarifica una obra que pedía tan seguro precinto español para no evaporar ninguna de las finísimas esencias. Y más de medio centenar de intérpretes hacen, todos a una, el juego magistral. María Fernanda d'Ocón, una maravilla apasionada de ternura y de brío. José Bódalo, juez portentoso en el riego salomónico de su justicia. Gabriel Lopart, el "distanciado" y cercanísimo narrador. Y Arturo López, Margarita García Ortega, Francisco Hernández, Luisa Rodrigo, José Luis Heredia, Ana María Ventura, Félix Dafauce, Julia Trujillo, Félix Navarro, Luis García Ortega, nombres conocidos e importantes, y los demás, que lo serán un día, se juntaron en una sola piña para descifrar el mito y recibir el clamor de los aplausos.

Bertol Brecht levantó en "El círculo de tiza caucasiano", sobre el lienzo de la lejana historia, palabras sobrecogedoras de amor y de justicia en torno al cerco de hierro que ahoga la libertad del hombre. El marxista Bertol Brecht arrima a su ascua poética, sin proponérselo y para que relumbren y escandirlas, las que fueron y serán eternas definiciones evangélicas.